



NAVIDAD 2010

En los días de Navidad todo el mundo hace un paréntesis. Son días en los que se intentan aparcar las preocupaciones y las tensiones, y se desea, quizás de un modo simplista e infantil, que se imponga la gran utopía de la justicia, la paz y el amor fraterno.

Sin embargo la fiesta de la Navidad no deja a nadie indiferente. Los creyentes celebran que Dios se ha hecho hombre en la figura de Jesús. Dios no es ni extraño ni está alejado de la vida y a las realidades humanas. Se ha encarnado, conoce y ha experimentado tanto la alegría como los dolores humanos. Él nos ha manifestado el amor de Dios a todos, especialmente a los pobres y abandonados. También celebran la Navidad los no creyentes. Reconocen los valores que Jesús predicó, en especial los de la justicia y la paz que en la Navidad resuenan con fuerza, aun siendo una utopía o esperanza en cierto modo fallida desde hace siglos, pero que continúan pidiendo un nuevo esfuerzo de volver a luchar para alejar de una vez por todas la violencia, los odios, las venganzas, la falta de diálogo entre los hombres, único camino que puede conducir hacia una sociedad nueva.

La Navidad nos hace redescubrir que la vida de familia es insustituible. Formamos parte de una familia. Nuestro nombre tiene unas raíces imborrables que no se pueden olvidar. En tiempos navideños la familia reclama que le dediquemos tiempo: que ocupe el lugar que le corresponde en nuestra vida, porque el trabajo y las preocupaciones del día a día a veces no nos lo permiten.

Pero si la primera Navidad se ha de situar en una historia y acontecimientos concretos, lo que celebramos este año también se ha de situar en los condicionamientos del siglo XXI. Éstos son las dos grandes crisis: la económica y la espiritual.

Navidad: una llamada a la solidaridad en un momento de crisis

La crisis económica es causa de sufrimiento para muchas personas y familias. Ha destruido muchos lugares de trabajo, ha dejado a muchas personas sin recursos. En nuestro país el paro previsto para el próximo año superará el 20% de la población. A causa de esta crisis muchos inmigrantes han tenido que volver a sus países de origen y reencontrarse con la dura realidad del subdesarrollo y de la miseria insuperable.

Los efectos más duros de la crisis, según los expertos, durarán todavía unos dos o tres años. El mundo desarrollado se vuelve más pobre. Muchas personas han visto rebajado su sueldo; otros no verán incrementadas sus pensiones. Matrimonios jóvenes tendrán problemas a casusa del aumento del EURIBOR, para hacer frente al pago de la hipoteca del piso con el peligro de perderlo. Los responsables de la economía estatal han avisado que posiblemente se tendrán que incrementar los impuestos sin la contrapartida del aumento de sueldo. Curiosamente, los bancos, los grandes responsables de la crisis y a la vez quienes han recibido más ayudas –cantidades astronómicas de recursos económicos–, ponen grandes dificultades de ayudar económicamente a quienes se esfuerzan para mantener las empresas o a quienes se proponen crear nuevos puestos de trabajo.

La crisis engendra miedo y corre el peligro de insensibilizarnos, de centrarnos solamente en los propios problemas y de hacernos olvidar los de los demás. El miedo mengua el dinamismo de la solidaridad hacia los más necesitados.

Estos problemas no son exclusivos de nuestro país. En Haití no ha llegado la ayuda a los miles de damnificados. No se ha apagado el dolor de las familias de las víctimas del tsunami de Chile ni el de las familias que, por causa de las guerras, han sufrido la muerte de los suyos. Los efectos del desastre ecológico de las aguas contaminadas en Hungría han alejado a miles de personas de sus viviendas. Ésta es sólo una muestra de unos cuantos dramas de los que estamos informados y que ya podemos olvidar puesto que ha pasado tiempo desde el primer impacto mediático.

En medio de tanta problemática corremos el riesgo de no sumergirnos en lo que celebramos los cristianos: que Jesús nació pobre, que desde su pobreza compartió su vida con todos y sin condiciones, que desde el

primer momento compartió lo que tenía, su vida. Su generosidad era fruto del amor, de olvidarse de uno mismo. Jesús vivió para los demás.

La Navidad mueve a la solidaridad. La solución a los problemas del mundo, de los hombres, pasa también por nuestras vidas. Todos podemos hacer algo para erradicar un poco la pobreza, el dolor del mundo, Todos podemos secar las lágrimas de alguna persona. Todos podemos acompañar a aquellos que están al margen del camino de la vida y que esperan la palabra y el gesto de algún hombre o mujer “de buena voluntad”. Los creyentes sabemos que Dios no ha apartado la mirada sobre el mundo y, consecuentemente, nosotros también hemos de tener abierta la mirada sobre los hombres. Navidad nos recuerda la solidaridad de Jesús con todos, especialmente con los más necesitados y afligidos.

Navidad un tiempo para reavivarnos espiritualmente

La Navidad es una de las grandes festividades cristianas. Es una fiesta que contagia una alegría que poco tiene que ver con las luces de las calles, de los escaparates y de la oferta de bienes de consumo. Es bueno que la sociedad sustraiga de esta fiesta los grandes valores que la fe cristiana le aporta, especialmente la alegría que nace de la verdad, de la paz interior, actualmente condicionada por una crisis de espiritualidad.

La crisis espiritual se manifiesta en la falta de interioridad. Cuesta mucho hacer un silencio interior que permita reconocer la verdad de la vida y escuchar la voz de Dios. En la actualidad se vive en medio de la cultura del ruido, de la eficacia, de la rendibilidad, que imposibilitan valorar y encontrar tiempo para la contemplación y la oración.

La sociedad occidental vive una crisis de fe. Dios es un gran marginado de la sociedad. El materialismo imperante, en un intento de reducirlo todo a lo que es sensible, desconfía de las realidades espirituales. Ha reducido a Dios a la intimidad subjetiva de cada uno. No tiene derecho al reconocimiento y respeto social.

Navidad conlleva un mensaje de amor y de presencia de Dios. Él se ha hecho presente en la vida y en las realidades humanas, pero hay que saber descubrirlas. Navidad nos trae el mensaje de que Dios ama a todos incondicionalmente, que todos somos hijos de Dios. Un amor que tenemos que descubrir. Navidad nos dice también que a Dios podemos encontrarle en las pequeñas cosas, en la sencillez. Dios lo encuentra quien lo busca, es encontradizo.

El mensaje de la Navidad no ha caducado. No es un pasado, un frío acontecimiento histórico de hace veintiún siglos. La realidad y el mensaje de la Navidad son muy actuales. Dios continúa actuando, escuchando, encarnándose en la vida de los hombres. Él quiere que reinen el amor y la paz en el mundo. Que seamos hermanos y que nos ayudemos mutuamente. Hay que tener un espíritu abierto, receptivo, para que nuestro espíritu sea sensible a su Espíritu para poder reconocerle. Hay que hacer un hueco en nuestro interior donde pueda alojarse y responder al Amor con amor.

Cuestiones

- 1.- ¿Qué objetivos de solidaridad con aquellos que sufren hemos de proponernos esta Navidad?
- 2.- ¿Cómo podemos adentrarnos mejor en la contemplación y en la oración para comprender qué significa que Dios se ha encarnado en la historia humana? ¿Qué nos pide esto?

Textos bíblicos

- Mt. 1,24; Lc 2,1-21: El misterio de la Navidad.
- Mt 19,16-29. El joven rico.
- Mt 25,31-46: Las obras de misericordia.
- Lc 16,19-26. La parábola del rico y Lázaro.
- Lc 10,20-37. La parábola del Buen Samaritano.

Bibliografía

- Grün, Anselm. *El libro de los valores*. Sal Terrae.
- Grün, Anselm. *La Navidad. Celebración de un nuevo comienzo*. Sal Terrae.
- Grün, Anselm. *La alegría de la Navidad*. Sal Terrae.
- Grün, Anselm. *Vivir el Espíritu de la Navidad*. Ed. Claret.

Barcelona, diciembre de 2010

La Delegación Diocesana de Pastoral familiar y el equipo de colaboradores os desean una Santa Navidad y un feliz año nuevo 2011